

MAXENCE VAN DER MEERSCH

La Huella del DIOS

Por el autor de
CUERPOS Y ALMAS



ES UN LIBRO PLAZA
Novela completa. Edición íntegra



Annotation

Maxence van der Meersch cuenta la trágica historia de Karelina, una campesina tan tímida como hermosa. Casada a la fuerza con un hombre brutal, sufre mil humillaciones hasta que su verdugo es encarcelado, y entonces se refugia en casa de su tío Domitien, un famoso escritor. La esposa de éste, Wilfrida, la recibe con cariño, tratándola como si fuera su propia hija. Pero las dos mujeres no saben que acaban de sellar sus destinos.

MAXENCE VAN DER MEERSCH

La huella del dios

Traducción de Antonio Espina

Plaza & Janés

Sinopsis

Maxence van der Meersch cuenta la trágica historia de Karelina, una campesina tan tímida como hermosa. Casada a la fuerza con un hombre brutal, sufre mil humillaciones hasta que su verdugo es encarcelado, y entonces se refugia en casa de su tío Domitien, un famoso escritor. La esposa de éste, Wilfrida, la recibe con cariño, tratándola como si fuera su propia hija. Pero las dos mujeres no saben que acaban de sellar sus destinos.

Título Original: *L'empreinte du dieu*

Traductor: Espina, Antonio

Autor: Meersch, Maxence van der

©1961, Plaza & Janés

ISBN: 9789202556652

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 03/03/2019

Maxence van der Meersch

La huella del diós

TÍTULO del original francés, L'empreinte du dieu Traducción. Antonio Espina

© Plaza & Janés, SA. Editores

ISBN 978-92-0-255665-2

Depósito legal B. 7168-69

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

EL COCHE había atravesado el pueblo siguiendo luego un estrecho camino ascendente. Detrás quedaba la suave corriente del Lys. Subieron despacio una carretera bordeada de álamos y molinos de viento que se destacaba en el cielo gris de noviembre. El auto, un potente cabriolé de ocho cilindros, color tabaco, iba aplastando con sus anchos neumáticos el barrizal del camino, que le ensuciaba con sus salpicaduras. Domiciano van Bergen, al volante, sorteaba cómo podía los desniveles y los baches de la angosta ruta que en esta estación era frecuentada por las últimas carretas de remolacha. Un viento huracanado envolvía el coche y silbaba entre los desnudos árboles de la carretera.

Llegaron ante una humilde vivienda separada del camino por la cuneta. Detrás de la casa giraban las aspas de un molino.

—Esta es la casa, Domiciano —dijo Wilfrida van Bergen.

Van Bergen detuvo el coche y se apeó.

El viejo molino de madera y pizarra volteaba en lo alto de una colina sus largos brazos escuálidos y torpes, con un aire de eterna queja. Sobre el molino pesaba el cielo nuboso de un día de Todos los Santos. A sus pies se veía la casa. Una casita rústica, baja, de rojos ladrillos sobre cimientos de hormigón y techo de paja espesa y descolorida entre la que brotaban algunos hierbajos.

La puerta y las ventanas se hallaban cerradas; un humo sucio salía de la chimenea. Las grandes aspas del molino chirriaban girando con lentitud detrás de la vivienda, en medio de la triste desnudez de un otoño acerbo.

Van Bergen observó el mísero albergue. Vacilaba. Luego se dirigió al auto.

—¿Seguirán aquí, Wilfrida?

—Por lo menos todo está igual —dijo su mujer.

Descendió ella a su vez, frágil y pálida, envuelta en una gruesa capa de viaje, de lana inglesa, estremeciéndose de frío. Miró a la casa.

—¿Quién sabe...! Hace tanto tiempo...

—Vamos —exclamó Van Bergen—, llamaré por si acaso.

Y pasando por la losa que servía de puente sobre la cuneta, después de la cual había un jardincillo cubierto de vegetación silvestre, llamó a la puerta.

Al cabo de largo rato se oyó descorrer un cerrojo. El batiente superior de la puerta se entreabrió, apareciendo una muchacha de unos diecisiete años, de ojos azules, nariz corta, y rubios cabellos alborotados. Su aspecto era enérgico y primitivo. Quedóse quieta, examinándole.

Van Bergen trataba de reconocerla.

—Dígame, señorita, ¿siguen viviendo aquí los Moer—mester?

La joven se abstuvo de responder. Parecía no haber entendido. Observaba a Van Bergen con insistencia. Su rostro hermético fue aclarándose. Levantó el pestillo de la puerta y la abrió del todo para que pasasen los visitantes.

—Entre —dijo—. Usted es mi tío Van Bergen.

La cocina era grande, sombría, limpia, débilmente iluminada por una ventanita que daba al campo. Casi en el centro de la habitación se veía uno de esos fogones que se usan en Flandes, provisto de barras de níquel y hornillo con dos grandes asas curvas. Una débil lumbre de carbón ardía. Encima se calentaba una cafetera de esmalte azul y blanco y un caldero de cobre de reflejos cálidos y rojizos. Enfrente había una mesa de madera con la parte superior de mosaico, en cuyas juntas se notaba el cemento. En un rincón próximo a otra ventana con los postigos cerrados por fuera, había una alacena de doble puerta ennegrecida a fuerza de encerarla. Sobre la alacena, en un fanal, una imagen de

santa Ana, policromada con tonos violeta, conducía de la mano a la Virgen niña. Las paredes estaban encaladas con un blanco azulado y frío. Un Cristo de metal moría en la cruz, bajo unas ramas secas de boj. En algunas bandejas de estaño se mostraban diversos relieves hechos a punta de clavo, representando figuras de gallos, palomas, corceles y rótulos medio borrados. Eran premios de victorias obtenidas en las riñas de gallos o en los concursos de pichón, o recuerdos de triunfos conquistados con el arco. Las baldosas rojas unidas por crestas de cemento se hallaban espolvoreadas de arena blanca, esa arena de Campin, que se vende en saquitos. Un gran reloj de caja dejaba oír su tic-tac.

El melancólico sonido del reloj y la llama del fogón era lo único que tenía vida en la cocina. Por la ventana podía verse la llanura, con sus árboles desnudos y negros bajo el cielo gris, que parecían tender hacia las nubes veloces sus brazos desesperados.

Los recién venidos quedaron quietos en el umbral.

—¡Qué oscuro está esto! —dijo Wilfrida.

—Es el día de Todos los Santos —contestó la muchacha—. Están rezando.

Después de cerrar la puerta tras ellos, quedóse inmóvil, con los brazos colgando y su gesto agrio y duro de campesina adusta; los otros la miraban.

—Entonces —murmuró Wilfrida—. ¿Tú eres nuestra sobrina Karelina?

Esta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sin apartar de Van Bergen sus ojos azules y enérgicos.

—¿Y tu padre?

—En el pueblo.

—¿Y tu hermana Juana?

—Aquí.

Dicho esto fue a abrir una puerta baja, en arco, como la de un convento. Por ella penetraron los recién llegados a otra habitación, deteniéndose sorprendidos a los pocos pa-

sos. La habitación estaba a oscuras. Sólo se veía una hilera de lamparillas que, colocadas en unos vasos de aceite, brillaban como si sangrasen las tinieblas. El efecto era sorprendente.

Poco a poco se iban destacando las cosas en la oscuridad, haciéndose una claridad rojiza en la que se mostraba una especie de altar iluminado por aquellas lamparillas escalonadas.

El altar era una mesa cubierta con un paño blanco, sobre la que había dos vasijas de cobre en forma de obús, una pila en forma de concha con agua bendita y dos velas de cera roja, adornadas con papel dorado y colocadas en candelabros de porcelana de Tournai. En el centro del altar un Niño Jesús de escayola, pintado, hermoso y rubio, sostenido por san José con el brazo derecho, llevaba en su mano la simbólica esfera rematada por la Cruz. En las vasijas y sobre el paño del altar, se habían puesto espigas de trigo maduro y de centeno y avena, como un tributo primitivo. Delante del altar había dos reclinatorios y sobre uno de ellos, arrodillada, una forma humana rezaba.

El Día de Difuntos no es en Flandes, para el pueblo, una palabra vana. La gente se pasa el día encerrada en casa, de rodillas, rezando en un cuarto oscuro. Los viejos conservan esta costumbre que poco a poco va desapareciendo y que exalta con trágica intensidad el recuerdo de los que ya no existen.

Karelina, dejando a la entrada a los Van Bergen, se llegó hasta aquel bulto negro, hablándole en voz baja. La mujer levantóse y después de soplar las trémulas llamas de las lamparillas, fue al encuentro de los recién llegados. En la cocina se le veía mejor. Era una campesina de unos treinta años, flaca y de tez curtida. Tenía, como Karelina, su hermana menor, ojos azules, el mentón pronunciado y esa adustez que desde temprana edad marca, con arrugas en la boca y en la frente, una existencia trabajada y penosa.

Parecía emocionada.

—¡Cuánto me alegro, tía, de que haya venido! —dijo—. ¡Qué contenta se hubiese puesto madre! ¡Hablabas tanto de usted antes de morir! Solía decir: «Quiero ver a Wilfrida...» «Id a buscar a mi hermana Wilfrida.» Nos ha dado mucha pena no verles en el entierro... Cuando no se es rico se teme siempre que le olviden a uno... Pero ¿estaba usted de viaje, verdad?

—Sí, Juana, estábamos en los Estados Unidos. No hemos sabido que había muerto hasta la vuelta, ya tarde. Pero, como ves, no por eso hemos dejado de pensar en vosotras, y aquí estamos. ¡Qué cambiadas estáis!

—¡Ha pasado tanto tiempo, tía! Más de ocho años que se fueron; cinco que no nos veíamos...

—Es verdad. Tres años en el Mediodía, por mi mala salud, y dos viajando por el mundo. Karelina era así de alta... ¿Qué edad tiene ahora?

—Diecisiete años y yo veintinueve.

—¿Y padre?

—Pronto hará sesenta.

—¿No está aquí?

—Está en el pueblo. Sus riñas de gallos... Resultan aburridos estos días para los hombres.

Les invitó a sentarse, luego fue a la alacena y trajo harina, huevos y una gran fuente de loza para hacer los tradicionales pastelillos del día de Difuntos.

—Karelina, abre las ventanas, vete a ordeñar la cabra y trae leña para el fuego. Se quedarán algunos días, ¿verdad? Hay sitio. Pondré una cama y dormirán en su antigua habitación...

Juana desleía una masa color azafrán aplastando los grumos con sus dedos huesudos. Van Bergen, que había salido, volvió con dos maletas amarillas, de piel de cerdo.

—Karelina se las llevará —dijo Juana.

—Deja, deja —contestó Wilfrida—, iremos nosotros mismos. Todavía me acuerdo del camino.

Y precediendo la mujer al marido por la empinada y negra escalera, subieron y llegaron a la habitación. Era un dormitorio pequeño, de techo bajo, inclinado por el declive del tejado, que iluminaba de una manera extraña, a ras del suelo, una claraboya cuadrada, dejando en sombras la parte alta de la habitación. El suelo formado por recias tablas de encina se alabeaba y al andar producía la sensación de hallarse uno en la cabina de un barco. No había ningún mueble. La desnudez era absoluta.

Wilfrida contemplaba en silencio el pequeño aposento.

—¿Estás triste, Wilfrida? —le dijo su marido.

Ella sonrió.

—¡Oh, no, no! Recordaba solamente. ¿Te acuerdas, Domiciano?... Aquí viniste a buscarme... ¡Cuánto he soñado aquí!

Rió luminosamente a través de sus lágrimas, con una risa infantil que la hacía encantadora.

—¡Qué loca estaba entonces!

—¿Loca?

—¡Si supieras cómo te quería sin decírtelo! Cuando te ibas por la noche, yo me quedaba aquí muy triste por separarme de ti, tratando de imaginarme que estábamos todavía juntos; te hablaba, te oía responderme... leíamos juntos y me abrazabas antes de dormirme... He sido muy feliz, mientras llegaba la gran dicha que me habías prometido.

—¿He cumplido mi palabra, Wilfrida? ¿Te he hecho feliz?

De nuevo se humedecieron los ojos de ella; le miró de frente, con serenidad y franqueza.

—Sí, Domiciano, me has hecho feliz; estos ocho años valen toda una vida... Ocurra lo que ocurra, ya no podré quejarme de la suerte. Ya he sido feliz.

La abrazó emocionado y así quedaron, uno contra el otro, sintiéndose vivir, palpitar, gozándose en prolongar este instante de alegría pura, como dos enamorados.

Después bajaron.

—¿Y qué ha hecho usted, tío, en todo este tiempo? —preguntó Juana.

—Ha trabajado mucho —dijo Wilfrida—. ¿Tú sabes cuántos libros hablan de él y cuánta gente le conoce en todos los sitios del mundo? Es un hombre ilustre, verdaderamente.

—Dios os ha protegido. Es necesario que haya también algunos seres felices en la tierra.

Un pensamiento la asaltó.

—¿Siempre sin hijos?

—Siempre —contestó Wilfrida.

Callaron un momento. Juana se dedicaba a preparar una buena cena. Karelina, en un rincón, pelaba patatas, observando a sus tíos.

—Por cierto —exclamó Van Bergen—. ¿Qué voy a hacer con el coche? ¿Dónde podré meterlo de noche?

—En el pueblo, tío. En la plaza detrás de la iglesia hay un taller de mecánico.

—¿Habrà sitio?

—Allí meten de noche los autobuses de los obreros. Karelina le acompañará. Ponte la capa, pequeña.

Karelina, después de lavarse las manos, se quitó el delantal y se puso una capa de paño azul marino. Domiciano cogió su abrigo. Salieron.

Al fin llegaron detrás de la iglesia. Van Bergen dejó el auto en una especie de cobertizo que llamaban garaje. Luego, volvieron a pie hacia la casa. Un viento frío y cortante les azotaba el rostro. Van Bergen, al pasar, recordaba árboles y casas y un gran parador, que iba mostrando a Karelina.

—Mira, pequeña, donde comía. Allí iba a descansar y a leer. Entonces estaba enfermo y vine aquí a curarme. Allí fue donde vi a tu tía por primera vez. Tú ibas con ella, Karelina. Venías cogiendo plantas para hacer tisanas. Tú eras muy pequeña, no te acordarás de nada de esto.

—Sí me acuerdo —repuso Karelina.

—Tienes buena memoria, pequeña. Pero ¿cómo has sabido enseguida que era yo, cuando has abierto la puerta? ¿Me has reconocido por la voz?

—No lo sé. Lo he presentido.

Estaba inquieta, un poco sonrojada. Había algo que dulcificaba su mirada azul, habitualmente fija y huraña.

—Mire el molino —dijo.

Llegaron delante de la casa. El molino giraba hacia el cielo gris sus aspas violáceas, con un crujir constante.

—¿Quién vive aquí ahora? ¿Sigue el viejo Engle?

—Sí, ahí sigue.

—Vamos a verle.

Se acercaron al molino por la parte de atrás, subiendo luego por una escalera de anchos peldaños, empujaron la puerta de aquel viejo torreón de madera y entraron en una especie de reducto. En aquella armazón interior complicada y polvorienta se veían, colgando, cuerdas y correas. El pivote central del molino era un enorme tronco de árbol sin desbistar colocado verticalmente.

El viejo Engle llenaba unos sacos de harina. Recibió a Van Bergen con rústica indiferencia, como si le hubiera visto la víspera, poniéndose a hablar de lo favorable que le era la crisis agrícola, porque muchos labradores que no podían vender su trigo lo llevaban a moler a los molinos de viento para luego amasar el pan ellos mismos. La avena en flor, la cebada en grano, el trigo, la malta y todas las plantas farmacéuticas que la molinería industrial no aceptaba por la insuficiencia del producto, aumentaban también sus trabajos.

—¿Y usted?

—Yo, Engle, hago libros. Versos y comedias, obras que se representan en los teatros.

—¿Y se gana con esas cosas?

—Mucho, algunas veces.

—¡Ah, entonces, bien! —dijo Engle.